

Octubre 11, 2000

ENTRE LA ENVIDIA Y LA NÉMESIS

Por Agustín Saavedra Weise

En la mitología griega se menciona con bastante asiduidad el miedo reverencial al castigo de los dioses ejercido mediante la "Némesis", deidad de la venganza, hija de Zeus y de la Necesidad, o del Océano y de la Noche.

A la Némesis se la consideró irreconciliable vengadora de toda maldad, sancionadora de todo orgullo y del amor atrapado. Como derivación lógica, en la antigua Grecia se suponía que cuando alguien llegaba demasiado alto, tarde o temprano su caída sería estrepitosa. Si era muy feliz, tenía que ser en algún momento posterior muy desdichado. Mejor no arriesgarse al castigo de la cólera divina, el que era impuesto por el sentido distributivo –o “karma” como se diría en lenguaje “New Age”- de la poderosa Némesis.

La Némesis mantenía sobre el pueblo griego un control psicológico sumamente importante. Funció como elemento regulador de la sociedad y hasta de tipo inhibitorio en algunos casos, pues según el criterio "retributivo", lo mejor era mantenerse en un "justo medio" y no destacar mucho, para soportar así –tarde o temprano e inevitablemente–, una Némesis menos terrible que la de los grandes hombres.

Hoy en día, Némesis es sinónimo de enemistad u odio. “Fulano se enfrentó con Mengano, su Némesis”, es frase habitual.

La misma mitología griega nos cuenta que algunos intrépidos héroes desafiaron a la Némesis, como sucedió con Agamenón y Hércules. Empero, ello no ocurría en la mayoría de los casos. La verdad es que el temor a las penalidades futuras como contrapartida de una actuación prominente, mantenía a la generalidad de los griegos en una chata y mediocre armonía. Mejor era no sobresalir para no ser castigado.

Una de las múltiples formas que adopta la Némesis contemporánea es la envidia, muchas veces hábilmente camuflada mediante tendencias “igualitarias” que pretenden nivelar hacia abajo para evitar resentimientos y que más bien, los crean en mayor cantidad. Donde penetra la mente envidiosa que se solaza macabramente con la desdicha del prójimo, también penetra el resentimiento y si se extiende el virus, la raíz misma de la

sociedad se pudre; la comunidad pierde su vigor, su ansia natural de triunfar, sobresalir y de ser exitosa.

Puede darse también el caso del "ocultamiento". Dicen los antropólogos que los cazadores de varias tribus primitivas escondían sus mejores presas para comérselas en la noche, sin que nadie los vea y al abrigo del "ojo malo" de cualquier envidioso u oportunista. De la misma forma, no es extraño percibir que muchas personas talentosas o de fortuna material, tengan "temor" de mostrar sus dones o adquisiciones en el lugar en que viven, pues ello podría acarrearles muchas calamidades, entre ellas, la Némesis por envidia de quienes no poseen lo que ellos tienen.

Varios estudios recientes han enfocado el tema de la envidia como un verdadero escollo para el desarrollo y el cambio social. Sobre esto ya escribí varias notas hace años y vale la pena reiterar algunos conceptos.

Diversas comunidades ancestrales tienen verdaderos "tabúes" que se originaron por temor a la envidia. Contemporáneamente, vemos con pena que muchas veces la emulación creadora, capacidades y talentos, son cercenados cruelmente por quienes –al no poder llegar a la altura de su envidiado congénere– buscan todos los medios posibles para perjudicarlo. Ejemplos abundan en todas las latitudes y Bolivia no escapa, ciertamente, a tan tamaña anomalía.

El cristianismo con la infinita bondad de su fundador, desterró la envidia desde un punto de vista doctrinario. La expresión del Salvador "ama a tu prójimo como a ti mismo" es suficientemente ilustrativa. Desgraciadamente, los seres humanos no siempre se comportan en conformidad con los preceptos evangélicos y se dejan arrastrar por una de las versiones modernas de la vieja Némesis: la mortal y ponzoñosa envidia.

-----00000-----